

LO QUE NO ME CONTARON EN EL CONSERVATORIO

Las confesiones de un pianista
sobre la cara B de la música

MIGUEL BASELGA

Lo que no me contaron en el conservatorio. Las confesiones de un pianista sobre la cara B de la música

© Miguel Baselga, 2025

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2025

Shackleton
— books —



@Shackletonbooks

shackletonbooks.com

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Imagen de cubierta: Autor desconocido. (s.f.). Musizierende Familie [Óleo sobre madera].

Museo Belvedere, Viena.

Diseño de interior y maquetación: Fotoletra

Ilustraciones del interior: Jordi Baeza Albalade

Créditos de las imágenes: p. 142. Dominio público.



ISBN: 978-84-1361-511-0

Depósito legal: B 22118-2024

Impreso por EGEDSA (España)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Prólogo	9
Capítulo 1. La música, esa gran paradoja	13
¿Por dónde empezar?	22
¿Estaremos haciendo algo mal?	26
Crear banquillo	38
Capítulo 2. Por una vez seré sincero...	47
Creo que he dado con la fórmula	61
Vendo <i>Boa constrictor</i> : muy afectuosa	64
Capítulo 3. La subida a los altares	69
Capítulo 4. No se lo tomen como algo personal... pero sí, es personal	93
El paraguas de Einstein	104
El panetone de Puccini	107
Furtwängler y el baño de Marilyn	112
Me quieres más de lo que tú te crees	116

Capítulo 5. Tan cerca, tan lejos	123
Al final, terminamos liándonos	127
Epílogo	145
Agradecimientos	153
Bibliografía	155

Nunca he llevado un diario ni tengo por costumbre escribir las cosas que se me pasan por la cabeza. Estas páginas son fruto de mi memoria. Caprichosa y selectiva, como cualquier memoria...

Prólogo

Esta historia empezó en la radio. Una tarde, Miguel vino como invitado a *Por Tres Razones*. Era el director musical de *La Noche de San Juan*, de Roberto Gerhard, junto con la compañía de Antonio Ruz y bajo el auspicio de la Fundación Juan March y del Gran Teatro del Liceo. No resultó un invitado al uso, más bien preguntaba en vez de contestar, más bien fue sarcástico e irónico. Eso sí, nos deleitó al piano (y como sorprendido porque alabábamos su destreza a las teclas, digamos que ya apuntaba maneras). Con esos ojos de «animal intrépido», captó mi invitación al acabar el programa para dar «rienda suelta a su creatividad». Y en pocos días tenía en mi correo el guion de la primera sección de «Lo que no me contaron en el conservatorio». Esto es, la sección que nos ha unido como pareja artística en Radio Nacional. Espero que me perdone por habernos definido de esta manera.

El guion era extremadamente claro, concreto, audazmente detallado a chispazos de sapiencia, de esa que hay en la vida pero que pocas veces se suele usar para explicar con todas sus letras desengaños, malentendidos, fraudes, leyendas y otros desvaríos que se cuecen en el reino de las partituras clásicas. Al pan, pan. Y al vino, vino. Ahora, si esto fuera una conversación, él añadiría:

«Digo, Mari CCCCarмен». Lo escribo de esta manera porque así me llama, como empujando la «c» hasta límites insospechados, columpiándose en ella al tiempo que sujetando su impulso hiperactivo, para que este no le juegue la mala pasada de seguir simplificando este mundo hasta quedarse en el blanco y negro del teclado de su piano. De cola, siempre de cola por supuesto.

Confieso que lo admiro porque es divertido y locuaz; el típico amigo junto al que me sentaría en una fiesta para no aburrirme. Es de las pocas personas que conozco que habla sin metáforas que decoren. No le gustan los piropos y se declara agnóstico, también ante la pedantería humana de considerar por defecto la música clásica, ópera y derivados, digna de poner en un pedestal. Excepto Albéniz, como especialista que es de sus composiciones. Claro.

Es humorista, pianista, profesor de música. Y si el lector se adentra en la selva melódica que propone en este libro seguro que llega a la misma conclusión que los que hemos tenido la suerte de ser testigos del nacimiento de una estrella radiofónica: es decir, que al contrario de lo que él confiesa, es un romántico empedernido que utiliza el humor para seducir, el ingenio para denunciar y el escudo de sus gafas para esconder su timidez.

Con todo ello, su energía infinita le ha llevado a convertir un espacio radiofónico en un escenario desde el que descubrir que, detrás de notas y obras musicales, hay personas de carne y hueso. Y eso, para bien y para mal, es un lujo que nos permitimos saborear cada semana ahora en *Las Mañanas de RNE*.

¿Hasta dónde nos llevará esta aventura? De momento, que nos quiten lo *bailao*, en radio y papel. ¡Y que viva la música!... La que nos ha unido y ayudado a decirlo todo sin herir a nadie.

Mamen Asencio Ortiz

Este es un libro sobre música y ojalá también pudiese ser como esas tarjetas musicales, que cantan el cumpleaños feliz (algunas además tocan villancicos y otras tantas melodías, de esas que taldran el cerebro sin piedad). Por suerte o por desgracia, los libros musicales todavía no son una realidad, así que hemos preparado esta *playlist* para acompañar la lectura, con todas las referencias y obras que se mencionan en este ensayo.

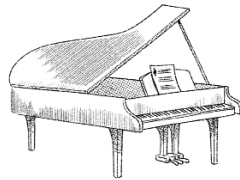


Esta *playlist* está disponible en el perfil Spotify de Shackleton Books.

¡Buena escucha!

Capítulo 1

La música, esa gran paradoja



Todo está en la partitura menos lo fundamental.

Gustav MAHLER

Imaginemos por un momento que todos nos pusiéramos de acuerdo en que algo es bueno y merece la pena. Pero, a renglón seguido, admitiéramos también que no sabemos nada de ese algo y que, además, nos acompleja un poco que se nos note la ignorancia. Pues en estas estamos con el tema de la música...

Mucho de lo que rodea a lo que conocemos comúnmente como música clásica o música culta (me refiero a ese tipo de música elaborada, con cierta complejidad, que asociamos con una orquesta sinfónica o con instrumentos acústicos, de esos que se pueden tocar aunque no se haya pagado la factura de la luz) es

una paradoja. Es una paradoja que suscite admiración y respeto, a la par que concierte niveles altísimos de desconocimiento en la materia. Es una paradoja que sea un ingrediente de distinción social, de pedigrí,¹ pero que muchas de las personas que acuden regularmente al teatro de la ópera de su ciudad sean incapaces de distinguir un trombón de un bombardino y, por supuesto, no tengan ni la más remota idea de lo que es un acorde dominante.² Parece lógico, sin embargo, que alguien que paga una buena cantidad de dinero por ver a una persona tocar un instrumento cuando ni siquiera sabe cómo se llama (evidentemente, me estoy refiriendo al instrumento y no a la persona), le ponga remedio a esa ignorancia y se informe de algo que, por otro lado, tampoco es tan complicado de averiguar. Pero así van muchas de ellas: sin entender realmente qué ocurre en el escenario.

Y es que, para el común de nuestros mortales (léase aquí más del 90 por ciento de la afortunada población acomodada y urbanita de nuestro planeta), tan solo existen cuatro instrumentos: el piano, la guitarra, la trompeta y el violín.³ El resto son derivados. El pianoforte, el clavecín, el clavicordio, el virginal, el órgano o la celesta entran en la primera categoría. El chelo, el contrabajo, la vihuela (contra la que no merece la pena vacunarse), el laúd, la tiorba o la viola de gamba son guitarras grandes que se tocan más o menos torcidas. Todo en lo que se sopla, aunque sea una tuba,

¹ En Buenos Aires, tener un abono para la temporada de la Asociación Wagneriana o el Mozarteum (y no digamos ya heredarlo) es una muestra de pertenencia a una clase privilegiada dentro de la burguesía porteña. Del mismo modo, en la pujante clase urbanita de las grandes megalópolis chinas, tener a un vástago estudiando piano es casi tan representativo del nivel económico familiar como conducir un lujoso deportivo de importación.

² Lo explicaré más adelante para quien no lo sepa. Y si ya se lo saben, pasen de largo.

³ Si han tenido la desgracia de tocar la flauta de pico en el colegio, tendremos que aumentar la lista a cinco.

un bombardino, un trombón, una trompa o un sacabuche, entra en la familia de las trompetas. Y si es un fagot, un clarinete, un *corno di bassetto*, un oboe o un corno inglés (del que hablaremos más adelante), en la de las trompetas raras de madera. Por supuesto, la pobre viola es un instrumento que no merece ser considerado sino un violín un poco más grande. Y todo eso que hay al fondo y que suena muy escandaloso no son más que tambores, más o menos grandes y que se tocan con palitos. Por lo tanto, parece que saber lo que es un instrumento transpositor (lo explicaremos con el corno inglés) da derecho a ocupar directamente un puesto vitalicio en alguna fundación con dietas, asistente y chófer. No será la primera vez que algún cargo público aporta como blasón en su currículum tener (escasos) conocimientos musicales. Algunos incluso llegan al extremo de justificar su ascenso por compartir lecho conyugal con algún profesional del sector. Como si, por un milagroso efecto de ósmosis, los conocimientos musicales se transmitieran por roce o cercanía.

Pero volvamos a nuestra paradoja. ¿No supone un problema considerar que la música clásica es algo valioso, bueno, enriquecedor, digno de ser subvencionado, cuya enseñanza es aconsejable por ser especialmente positiva en el desarrollo infantil⁴ y que merece, por tanto, ser promocionada en los sistemas de enseñanza, cuando la inmensa mayoría de la sociedad no sabe diferenciar entre una sinfonía y una sonata?⁵

⁴ No sé muy bien por qué, pero siempre que hablamos de un estudiante brillante y especialmente dotado en cualquier disciplina, se suele añadir «¡Y además toca el piano!» (o el violín, pero curiosamente nunca la marimba o el saxofón), como si fuera el colmo del rebrillo.

⁵ Es muy sencillo: una sinfonía está escrita para muchos músicos (más de treinta seguro), y una sonata la tocan muy pocos (uno o dos; tres a lo sumo). Por lo demás suelen seguir la misma estructura. Tres movimientos: rápido-lento-rápido; menos cuando no se cumple esta norma, lo cual ocurre muchas veces, como vamos a ver.

Desde hace décadas, los beneficios que aporta la práctica del estudio de un instrumento musical a la enseñanza elemental están absolutamente comprobados. A lo largo de mis años de docencia, he constatado que contribuye a aumentar la atención y la capacidad de concentración de los niños, les inculca un sentido de la constancia y de la perseverancia, les ayuda a desarrollar su capacidad de memorización y de pensamiento organizado y, sobre todo, les enseña que las cosas no ocurren por arte de magia, sino que uno mismo es el máximo responsable (aunque no el único, y más vale que lo aprendan pronto que tarde) de sus propios logros o fracasos. Sin embargo, a este listado de ventajas hay que añadir un gran asterisco final: todo esto deja de cumplirse, en la mayoría de los casos, cuando llega la adolescencia. No sabemos muy bien por qué, pero está igualmente comprobado que, cuando los cambios hormonales alteran física y mentalmente a los jóvenes, la música deja de ser un juego, algo intrínsecamente ameno y divertido. De la noche a la mañana, si esa disciplina y esa constancia no se enfocan correctamente, pasan a convertirse en un engorroso lastre y a veces en un auténtico tormento para todos los afectados.

Contaba el violinista norteamericano Isaac Stern que solo los niños y los idiotas no se ponen nerviosos antes de tocar en público. A lo mejor esta es la manera más directa y sencilla de ilustrar este caso. El niño toca despreocupado, ajeno a cualquier presión o responsabilidad. Toca porque disfruta y, como se dice en otros muchos idiomas, «juega con el instrumento», sin buscar nada más. El adolescente, en cambio, y no digamos ya el adulto, se da cuenta de las expectativas que suscita la música, de que el hecho de tocar un instrumento produce en el público sensaciones y a veces sentimientos. Y que estos pueden ser agradables o

desagradables. Es en este momento cuando aparece la dimensión social y humana de la música, la atracción o la simple atención que despierta en el entorno y su capacidad para emocionar. Los adolescentes saben que la música provoca algo, placentero o molesto, y que diferentes estilos musicales no generan el mismo interés en todas las personas. Algunas formas musicales sirven para cosas concretas: si se quiere seducir a alguien, nada mejor que la edulcorada baladita de rigor. En el campo contrario, hay estilos musicales que no sirven para nada o, directamente, que suscitan rechazo: para unos este será el caso del serialismo integral; para otros, del reguetón.

Cuando uno tiene expectativas, a veces se cumplen y a veces no. Y eso causa frustración. Por eso, mucha gente que abandona la música en su adolescencia luego lo lamenta. Sin embargo, pasados los años, estas mismas personas repiten esta experiencia con sus hijos, porque creen que la música les hará bien. Por ejemplo, yo siempre lamenté no haber sido guitarrista, porque habría podido tocar acarameladas melodías para mis compañeras de instituto (que, por supuesto, en mi imaginación adolescente, habrían caído rendidas en mis brazos, con la consiguiente euforia para mi ego masculino). En lugar de eso, me limitaba a comprobar cómo otros, con cuatro sencillos acordes, hacían trizas mis ambiciones románticas, mientras yo estudiaba obras (muchísimo más complicadas) de Chopin o Liszt sin ningún beneficio carnal. La posibilidad de que mis compañeras vinieran a mi casa a verme tocar Debussy o Beethoven quedaba totalmente descartada desde un principio. ¡Afortunadamente, porque si se hubieran desmayado de la emoción al escucharme tocar, yo tampoco habría sabido qué hacer, más allá de llamar a urgencias, y me habría llevado una bronca descomunal de mis padres por provocarle un

coma diabético a una inocente! Lo cual demuestra que el virtuosismo es totalmente inútil ante una buena dosis de empalagosa dulzura...

Salvando las distancias, esta paradoja musical es un poco como si, a pesar de considerar el inglés como *lingua franca*, útil y necesaria, que nos permite viajar y comunicarnos con la mayoría de habitantes del planeta, no se enseñara este idioma en los colegios ni nos preocupara el hecho de no hablarlo. En el caso de la música, además, ocurre un fenómeno curioso: el del ignorante satisfecho de serlo. Muy poca gente se atreve a decir (y aún menos a sentirse orgullosa de sí misma por ello) que no ha leído un libro en su vida, por temor a ser considerada inculta. Sin embargo, en muchos ambientes es lo más normal del mundo no sentir ningún rubor por que la ignorancia musical se mida por provincias. Y aun así, seguimos dispuestos a pagar una fortuna por un palco en la ópera, y nos sentimos orgulosísimos de comprarle un piano a nuestra hija y ponerlo en el salón, para que luzca cuando vengan las visitas.

Como muestra de este lustre social y de esta pátina de respetabilidad que da el hecho de ser músico, valga esta anécdota de la visita del primer ministro polaco Paderewski al Elíseo, allá por 1919. Cuentan que su homólogo francés, Clemenceau, le preguntó al recibirlo:

—*Monsieur le Premier Ministre*, tengo entendido que hay un famoso pianista en su familia.

A lo cual Paderewski contestó sonriente:

—Sí, soy yo.

Y Clemenceau, sorprendido, añadió:

—Y siendo usted pianista, ¿qué hace dedicándose a algo tan bajo como la política?

Otro ejemplo que muestra hasta qué punto la música concede un halo de respetabilidad a quien la practica es el caso del antiguo *premier* británico, sir Edward Heath.⁶ Los vaivenes propios del cargo lo llevaron a pasar por momentos delicados, que la prensa y la oposición aprovecharon a degüello y sin compasión para crucificar sus políticas. Cuando sus partidarios intentaban proteger su figura y reducir daños, siempre sacaban a relucir el hecho de que sir Edward tocaba el piano en sus ratos libres, como si esto fuera un escudo a prueba de balas o un bálsamo que sanara sus meteduras de pata. Lo más curioso es que esta táctica funcionaba y que, muchos años después de dejar el cargo, todavía se le recordaba como aquel señor que tocaba el piano en Downing Street...

El equivalente español vendría a ser, tal vez, el de Leopoldo Calvo-Sotelo, el único presidente del Gobierno que ha mostrado un interés real y sincero por la música. Aunque en el caso del gallego de nada le sirvió, porque, como suele ser norma general en la vida política española, la apisonadora de la actualidad le pasó por encima, triturándolo sin piedad, por mucho que fuera el único inquilino de la Moncloa que sabía apreciar la diferencia entre una corchea y una negra con puntillo.

En su caso, esta afición fue casi más una rémora que un mérito, pues determinados grupos de opinión lo consideraban como una excentricidad intolerable, más propia de un alienígena que de un hombre de Estado. Habrían preferido a un astronauta en el Consejo de Ministros⁷ antes que a un pianista aficionado. La

⁶ Primer ministro de Gran Bretaña entre 1970 y 1974.

⁷ Cosa que, de hecho, ocurrió años más tarde y que a nadie extrañó.

política española siempre se ha caracterizado por su *mancanza di finezza*.⁸

Pero también existe el caso opuesto: el de quien no sabe pero siente pavor de no saber. Es aquel que, consciente de su ignorancia, intenta esconderla para que no se le note. Como quien oculta un pecado inconfesable que le provoca vergüenza. Esta es una especie de cautela excesiva hacia algo que puede transformarse en un peligro, incluso en una amenaza, como un avispero al que nadie se atreve a acercarse, ni mucho menos a meter la mano en él. Por ejemplo: los buenos periodistas, profesionales acostumbrados a hablar y tratar de muchos temas, son personas que se informan antes de hacer una entrevista. Y saben hacerlo muy bien: no importa el tema, desde economía hasta política internacional, pasando por los más diversos temas científicos o deportivos, el profesional en cuestión es capaz de tratar casi cualquier asunto; igual da que el entrevistado sea corredor ciclista o experto en energías renovables: siempre es un sujeto entrevistable. Hasta que hay que tratar de música clásica. Ahí sienten como si se moviera algo bajo sus pies que les impidiera hacer las preguntas que se les pasan por la cabeza, por miedo, supongo, a no hacer bien su trabajo. Una especie de inseguridad prematura por no conocer los tecnicismos, en este caso mucho más paralizante que si fuéramos a hablar de un viaje por la estación orbital. Con el pop o el rock, sin embargo, no hay problema, ambos son géneros asequibles. La clásica, en cambio, se les aparece como una galaxia formada por antimateria y cuarks, aunque los acordes que usan Stevie Wonder y Erik Satie sean los mismos.

⁸ 'Falta de delicadeza', en italiano. Cita atribuida al presidente del Consiglio Giulio Andreotti, en una visita oficial a España.

Y ahí tenemos una burbuja inaccesible, mezcla de fascinación y rechazo, campo abonado para complejos y fobias, pero que una parte de la sociedad no termina de asimilar del todo. La otra, la abrumadoramente mayoritaria, directamente la ignora, aunque no sea consciente de que es omnipresente y que la está oyendo a todas horas.